

# EL SUICIDIO

## Hume y los griegos

Silvio Juan Maresca

Quiero comentar un breve ensayo de Hume, escrito alrededor de 1750 e inédito durante la vida del filósofo por razones de censura, donde el pensador escocés defiende la legitimidad del suicidio.

El pensamiento de Hume se inscribe dentro de la modernidad ilustrada. Nadie ignora la declinación actual de los paradigmas dominantes de la modernidad. Me refiero, por ejemplo, al sentido único, progresivo y redentor de la historia, al carácter estratégico de la educación, entendida como instrucción pública, al igualitarismo democrático, al protagonismo de los estados nacionales, al carácter inconcuso de la verdad científica, a la contemplación estética como actividad desinteresada.

Sin embargo, la modernidad es un movimiento complejo. Porque, por un lado, ella se redujo a una mera renovación de los viejos ideales cristianos, a partir de la emergencia de una razón centrada en el sujeto. En los hechos, esta fue la vertiente predominante, cuyos paradigmas se encuentran hoy en crisis. Pero, por otro lado, la modernidad ilustrada desarrolló una tendencia fuertemente anticristiana, que casi siempre se mantuvo en un segundo plano. En este sentido, la modernidad es todavía un proyecto inconcluso, aunque no en la versión de Habermas sino en la de Nietzsche. Hume, al menos en *Sobre el suicidio*, se inscribe en esta segunda corriente, que nos permitiremos llamar genuinamente moderna.

El ensayo comienza con un encomio de la filosofía, considerada como el supremo antídoto contra la superstición y la falsa religión. Lugar común de los ilustrados, por una parte, pero también, como veremos, notable anticipación del inmoralismo.

Lo primero es el repudio del sufrimiento como algo valioso en sí. El supersticioso, dice Hume, "lleva consigo el sufrimiento en todas las situaciones y episodios de la vida"<sup>1</sup>. No se atreve a poner fin a su sufrimiento a través de la muerte "por miedo injustificado a ofender a su Hacedor ejerciendo un poder que ese ser benevolente ha puesto en sus manos"<sup>2</sup>. La superstición nos encadena a un existir que odiamos y que se ha vuelto odioso

---

<sup>1</sup> D. Hume, *Sobre el suicidio y otros ensayos*, trad. cast. Carlos Mellizo, Madrid 1988, p. 122.

<sup>2</sup> *Ibid.*

merced a la misma superstición. Vale la pena recordar aquí la opinión de Sófocles "el que sigue apegado a la vida en la desgracia o es un cobarde o un estúpido"<sup>3</sup>.

Si el sufrimiento no es valioso, sí lo es, amén de la ausencia de temores y la alegría, el poder disponer de sí, la soberanía. El horror a la muerte sumado a la superstición nos priva de todo poder sobre nuestras vidas, dice Hume. Placeres y alegrías son prohibidos por la superstición. Se trata, en definitiva, de regresar a los hombres su libertad original examinando y refutando los argumentos esgrimidos contra el suicidio. El objetivo: liberar a esa acción de toda culpa o censura, *según los sentimientos de los filósofos antiguos*.

Como bien dice Carlos Mellizo, traductor de este ensayo de Hume, "*Sobre el suicidio* debe tomarse más como ejercicio de interpretación del sentir *clásico* que como *nueva* doctrina moral"<sup>4</sup>. Desechar el valor moral del sufrimiento, recuperar la alegría, exaltar el placer, neutralizar la culpa, construir la soberanía: la apelación al paganismo es inexcusable. En el límite ¿sería acaso posible, si este fuera el caso, esbozar una nueva doctrina moral sin retrotraerse al sentir clásico? Y Hume, que recomendaba calurosamente al bello sexo el conocimiento de la historia, no se equivoca; según nos explica Burckhardt, salvo en el caso de los pitagóricos, que creían en la trasmigración de las almas, la disposición sobre la propia vida forma parte, en la antigüedad pagana, de la libertad total del filósofo. Empezando por Sócrates, cuya muerte Jenofonte, mucho antes que Nietzsche, interpreta como un suicidio, y descontando el mítico suicidio de Empédocles, la lista es nutrida: muchos cínicos; Hegesias el cirenaico, que también inducía a otros; Epicuro; Zenón, el fundador de la escuela estoica, así como muchos de sus secuaces; hombres sabios como Eratóstenes y Aristarco. Siempre según Burckhardt, en su *Historia de la Cultura Griega*, los filósofos solían tomar la decisión del suicidio a causa de avanzada edad o enfermedad incurable. Es conocido el testimonio de Platón, revelador de una cosmovisión: "Las personas enfermas no deben vivir y en ningún caso tener hijos; Asclepio ha enseñado la medicina para los casos en que hay que luchar contra una enfermedad aguda, pero nunca se propuso mantener en una vida larga y penosa mediante prolijos cuidados y ayudas un cuerpo internamente dañado y cuyos hijos habrán de ser lo mismo; a un enfermo así no hay

---

<sup>3</sup> Sófocles, *Fragmenta incerta*, citado por J. Burckhardt, *Historia de la Cultura Griega*, trad. cast. Eugenio Imaz, Barcelona 1974, T. II, p. 521.

<sup>4</sup> D. Hume, *op. cit.*, p. 17.

que tratarlo médicamente, pues ni para él ni para el Estado es de utilidad alguna (...) aunque fuera más rico que Midas"<sup>5</sup>.

Pero en el mundo pagano el suicidio no sólo era aceptado entre filósofos. Burckhardt, siempre más atento al sentir popular que a la opinión de los filósofos, cita a Naegelsbach, haciendo suyas sus palabras: "(...) no me ha sido posible recoger ningún testimonio de que el suicidio fuera considerado en la conciencia popular [se refiere a los griegos] como un pecado *contra los dioses*"<sup>6</sup>. En efecto ¿cómo podría pecarse contra dioses que no nos han creado y que, además, en su nobleza, cargan con nuestras eventuales culpas? Entre los griegos homéricos, el hombre es responsable de sus acciones, jamás culpable. Para asumir la culpa están los dioses, que para eso lo son. Pero la cosa va todavía más lejos. En algunas *póleis* el suicidio era legal. Además, la vejez, la desgracia, la enfermedad, la derrota, la deshonra no eran sus únicos motivos aceptables; tanto como ello valía una vida tan satisfecha que quisiera eludir posibles reveses ulteriores de la fortuna. El excesivo apego a la vida es digno de reproche, cosa propia de siervos y esclavos como rasgo de bajeza que los diferencia de los libres.

Luego de este rodeo, volvamos a Hume y examinemos y refutemos con él los argumentos aducidos contra el suicidio. Según Hume, las posibilidades de que el suicidio sea criminal residen en que sea una trasgresión de nuestros deberes hacia Dios, hacia el prójimo o hacia nosotros mismos. La parte más extensa del ensayo la ocupa la argumentación destinada a mostrar que el suicidio no constituye ninguna trasgresión de nuestros deberes hacia Dios. Dios gobierna el Universo a través de leyes generales. Poco sentido tendría entonces que se hubiera reservado el derecho de disponer de la vida de cada hombre. Con plena legitimidad, todo lo viviente infringe leyes y estorba operaciones. "Toda acción, todo movimiento realizado por el hombre modifica el orden de alguna parte de la materia, y aparta de su curso ordinario a las leyes generales del movimiento"<sup>7</sup>. La trasgresión forma parte pues del orden general de la naturaleza o, si se prefiere, alterar o modificar las leyes generales no es trasgresión alguna. ¿Por qué no podríamos entonces utilizar libremente el poder que nos ha dado la naturaleza de disponer de la propia vida?

---

<sup>5</sup> Platón, *De re publ.*, III, 407 d, citado por J. Burckhardt, *op. cit.*, p. 515.

<sup>6</sup> Naegelsbach, *Nachhom. Theogonie*, p. 394, citado por J. Burckhardt, *op. cit.*, p. 510.

<sup>7</sup> D. Hume, *op. cit.*, p. 126.

Buenos argumentos además contra aquellos que aún hoy, en nombre del "orden natural", condenan la aventura humana. La ingeniería genética no trasgrede el orden natural en mayor medida que la rueda. Además, un auténtico Dios jamás podría ser ese personaje fisgón, molesto, insoportable, tan preocupado por cada uno de nosotros y nuestros actos, que no nos deja tranquilos ni a sol ni a sombra. El verdadero dios no es un subrogado del padre. Si el desdén magnífico del dios aristotélico nos parece demasiado metafísico recordemos que Epicuro enseñaba que los dioses estaban suficientemente absortos en su propia perfección como para mezclarse en nuestros turbulentos menesteres.

La vida de un hombre, continúa Hume, no tiene para el Universo ninguna importancia especial. No más que la de una ostra, dice literalmente. Terrible golpe a la vanidad humana, a lo "humano, demasiado humano", al narcisismo infantil; golpe que puede impulsarnos al nihilismo o a la recuperación de la potencia pero que, en cualquier caso, es condición necesaria para renovar nuestras ideas sobre el suicidio.

"Si disponer de la vida humana fuese algo reservado al Todopoderoso y fuese un infringing del derecho divino el que los hombres dispusieran de sus propias vidas"<sup>8</sup> sería tan criminal actuar para conservarla como para destruirla. Si yo rechazo la piedra que cae sobre mi cabeza altero el curso de la naturaleza. "¿Por qué habría de ser un acto criminal que yo desviase unas cuantas onzas de mi sangre de su curso natural?"<sup>9</sup>. En ese caso, también sería un crimen desviar el Nilo o el Danubio.

En cambio es claro que la vida humana puede ser desdichada y que prolongar mi existencia la tornaría indeseable. Eliminar me en la desgracia es obedecer los planes providenciales. No existe acción humana que pueda estorbar los planes de la Providencia u ocasionar un desorden en la marcha del Universo. En términos antiguos: la *hýbris*, como bien sabían los griegos, integra la Naturaleza.

En el fondo, insiste un mismo argumento, aquel que propuse utilizar contra los partidarios del "orden natural" sin tragedia, contra los que creen, por ejemplo, que la sexualidad está orientada unívocamente a la procreación. Pregunta Hume: ¿por qué no es impío construir casas, cultivar la tierra o navegar sobre los mares? Todas estas acciones, incluido el suicidio, son por igual inocentes o criminales. En suma, cabe sostener con

---

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 127.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 128.

idéntica validez que la Providencia me exige mantener mi puesto como abandonarlo. No se nos escapa, sin embargo, que en el núcleo de la argumentación humeana despunta ya la *hýbris* de la técnica que, con el correr del tiempo, perderá todo marco de contención. La "sabiduría de la Providencia" e incluso los paradigmas dominantes de la modernidad ilustrada correrán la misma suerte que la *sofrosýne* antigua. Pero el nihilismo no se combate invocando al ordo medieval.

El suicidio tampoco es una trasgresión de nuestros deberes para con la sociedad. Quien se retira de la vida no daña la sociedad. Deja de hacer bien pero también de recibirlo. Además, el bien que debo hacer tiene límites. No estoy obligado por el pequeño bien que hago a padecer un gran mal. Encima, si soy una carga el acto del suicidio, amén de inocente, será saludable.

Finalmente, el suicidio no es una trasgresión hacia nosotros mismos ya que puede ser perfectamente consistente con el interés y el deber hacia sí cuando la vida se transforma en una carga. "Creo que ningún hombre ha renunciado a la vida si ésta merecía conservarse"<sup>10</sup>. Cuando para un suicidio no hay razones aparentes tenemos que suponer en el sujeto una "melancolía espiritual" que envenena todo disfrute.

Si el suicidio no es un crimen nos lleva a él la prudencia o el valor, cuando la existencia se ha tornado carga. Somos útiles en este caso a la sociedad sentando un ejemplo.

El breve ensayo finaliza con una larga nota que inserta la cuestión del suicidio en un panorama abiertamente teológico y religioso. Según Hume, el suicidio es tan legítimo en el cristianismo como lo fue en el paganismo. El "no matarás" no se refiere al suicidio. Además, debe ser modificado de acuerdo a la razón y al sentido común, caso contrario los jueces no dictarían la pena de muerte. La Ley de Moisés vale solamente cuando concuerda con la ley natural y ésta no prohíbe el suicidio. Cristianos y paganos participan del mismo fundamento. ¿Lo cree así realmente Hume? En forma por demás sugerente, la nota termina con una cita de Plinio el Viejo: "Dios, aún cuando quisiera, no podría darse muerte y ejercitar ese privilegio que concedió al hombre en medio de tantos sufrimientos de la vida"<sup>11</sup>.

---

<sup>10</sup> *Ibid.*, p.133.

<sup>11</sup> Plinio, *Historia natural*, II, S, citado por D. Hume, *op. cit.*, p. 134.

Mas allá de los intentos conciliatorios de Hume, su visión del suicidio permanece profundamente pagana, es decir, ajena a la moral y a la religión cristianas. Entiendo la tribulación de médicos, psicólogos, psicoanalistas ante la demanda desesperada, la indiferencia irresponsable, la melancolía infinita y tantas otras cosas, pero es en ese momento, justamente allí, donde la moral y la religión cristianas acostumbran cobrar su presa.